


Inicio Segunda Parte

Una Obertura — Antes de la Música

Los Tres Guardianes, los Teatros y el Nacimiento de una Historia

 Segundo movimiento — Los guardianes del tiempo musical

En el palco lateral, Seraphin Morel inclinó apenas la cabeza, como si quisiera escuchar con mayor precisión el primer aliento de la orquesta. Sus dedos rozaron el pequeño frasco de vidrio que llevaba en el bolsillo, como quien prepara un instrumento invisible para recoger algo que está a punto de nacer en el aire.

A su lado, Aelius cerró los ojos por un instante.

No para aislarse del mundo, sino para reconocer algo que ya había escuchado antes. En su memoria, aquella música se extendía hacia atrás a través del tiempo, enlazando otras interpretaciones, otras salas, otras épocas en las que las mismas notas habían vuelto a pronunciarse.

Un poco detrás de ellos, Aurelia sonrió apenas.

Había algo en el silencio que precede al primer acorde que siempre le resultaba familiar. Allí, en ese espacio delicado donde todavía no existe el sonido, pero ya se presiente su llegada, nacen muchas de las historias que algún día buscarán una forma de ser contadas.

Tal vez, en algún lugar de la sala —o en algún momento del tiempo— un escritor las escuche primero en su imaginación, intentando atrapar con palabras algo de ese

instante invisible donde la música aún no es sonido, pero ya comienza a convertirse en memoria.

La batuta descendió.

Y en el mismo instante en que la primera nota atravesó el aire del teatro, algo invisible volvió a ponerse en movimiento entre los tres.

Seraphin escuchaba el presente.

Su oído parecía atento a cada vibración que nacía en la sala, a cada nota que se desplegaba en el aire y encontraba su lugar entre los músicos y el público. Para él, la música existía en ese instante irrepetible en que el sonido respiraba dentro del teatro antes de disolverse nuevamente en el silencio.

Aelius, en cambio, reconocía el pasado.

En cada acorde encontraba ecos de otras interpretaciones, de otras noches de concierto, de otras generaciones que habían escuchado aquellas mismas melodías bajo luces distintas y en teatros lejanos. Para él, cada obra era también memoria: una corriente que atraviesa los siglos y vuelve a pronunciarse una y otra vez en el presente.

Y Aurelia, como siempre, comenzaba a imaginar el porvenir.

Mientras la orquesta avanzaba hacia el corazón de la obra, su atención parecía desplazarse hacia un territorio más sutil: aquel donde las músicas aún no escritas esperan encontrar a quien las escuche primero en su imaginación. Allí nacen las intuiciones, los impulsos invisibles que algún día se transformarán en nuevas obras, nuevas historias, nuevas formas de escuchar el mundo.

Así, sin proponérselo, entre los tres custodiaban el tiempo de la música.

Seraphin — el instante que vibra.

Aelius — la memoria que perdura.

Aurelia — la promesa que aún no ha nacido.

Nadie recordaba haberlos visto entrar. Y, sin embargo, desde hacía siglos aparecían en teatros, auditorios y salas de concierto de todo el mundo. A veces en un palco discreto, otras entre las sombras del último balcón o cerca de las columnas donde la luz apenas llega.

Siempre en silencio. Siempre atentos. Siempre presentes en el momento preciso en que una obra volvía a nacer en el aire.

Porque cada interpretación —aunque repita las mismas notas— nunca es la misma. Y ellos lo saben.

Cada vez que una orquesta levanta la música desde el silencio, algo antiguo vuelve a despertarse.

Algo que no pertenece solo al compositor ni a los músicos.

Algo que vive en ese instante irrepetible en que el sonido se encuentra con la imaginación de quienes lo escuchan.

Por eso los tres siguen apareciendo.

No para dirigir la música. Ni para cambiar su destino.

Sino para presenciar el momento exacto en que el tiempo vuelve a abrirse... y una partitura antigua se convierte otra vez en un mundo nuevo.

La música continuaba desplegándose en el escenario, pero en el palco lateral los tres guardianes comenzaron a percibir otra presencia.

No era un sonido. Ni tampoco una figura visible.

Era más bien una intención.

Como si alguien, desde otro plano del tiempo, hubiera pronunciado sus nombres dentro de la historia.

Seraphin fue el primero en notarlo. —Algo ha cambiado —dijo en voz baja.

Aelius abrió los ojos. —Sí. Alguien nos está llamando.

Aurelia inclinó ligeramente la cabeza, como quien escucha un susurro distante. —No es la música.

—No —respondió Aelius—. Es alguien que se atreve a escribir sobre ella.

Un instante después, una voz apareció entre ellos. No venía del escenario ni del público.

Venía del relato mismo.

—Gracias por venir.

Seraphin alzó una ceja. —Curiosa forma de convocar a alguien.

Aelius sonrió con calma. —Los escritores siempre han tenido métodos extraños.

La voz continuó: —No los he llamado para interrumpir la música... sino para invitarles a formar parte de algo.

Aurelia miró hacia el espacio vacío que parecía contener aquella presencia.

—¿Quién eres?

Hubo una breve pausa, como si la voz estuviera ordenando las palabras.

—Mi nombre es Guillermo Isaza Fisco.

Los tres intercambiaron una mirada.

—¿Un director? —preguntó Seraphin.

—No —respondió la voz—. Un músico.

—Eso explica mucho —murmuró Aelius.

La voz continuó:

—Durante décadas he vivido dentro de la música sinfónica. He escuchado estas obras desde el interior de la orquesta, desde el lugar donde cada nota nace antes de viajar hacia el público.

Seraphin asintió lentamente.

—Entonces conoces el instante.

—Sí —respondió la voz—. Pero también conozco algo más.

Aurelia pareció interesarse.

—¿Qué cosa?

—Las historias que viven dentro de la música.

Hubo un breve silencio en el palco.

La orquesta seguía avanzando hacia el clímax de la obra.

—Además de músico —continuó la voz— soy artista plástico... y escritor.

—Eso explica la mezcla —dijo Seraphin.

—Durante mucho tiempo —prosiguió el escritor— he sentido que muchas personas escuchan la música sin llegar a entrar realmente en ella.

Aelius asintió.

—Eso ocurre con frecuencia.

—Por eso nació una idea.

Los tres esperaron.

—Un proyecto que abra puertas entre la música y la imaginación.

Aurelia sonrió levemente.

—Umbrales.

—Exactamente —respondió la voz—.

Umbrales Sonoros.

Seraphin cruzó los brazos.

—¿Y nosotros qué tenemos que ver con eso?

—Quiero que formen parte del proyecto.

La frase quedó suspendida entre ellos.

—Cada obra del gran repertorio —continuó el escritor— puede transformarse en un relato que acompañe su interpretación. Historias que los teatros y las orquestas puedan ofrecer al público antes del concierto.

Aelius lo entendió de inmediato.

—Para que la música sea escuchada de otra manera.

—Sí.

—Para que el público tienda un puente y atraviere primero una historia... y luego su partitura.

Seraphin caminó unos pasos dentro del palco. —Eso tiene ventajas —admitió.

Aurelia miró hacia la sala. —También riesgos.

—Explícalo —dijo Seraphin.

Aurelia respondió con calma: —Si las historias son buenas, pueden despertar la imaginación del público.

—Pero si no lo son —añadió Aelius— pueden distraerlo y alejarlo de la música.

Seraphin asintió. —La música no necesita adornos innecesarios.

La voz del escritor respondió con serenidad: —No se trata de explicar la música.

Aurelia terminó la frase: —Se trata de despertarla.

Hubo un silencio.

—¿Y nosotros qué papel tendríamos? —preguntó Seraphin.

—Serían los guardianes del tiempo musical.

Aelius sonrió. —Eso ya lo somos.

—Pero ahora lo harán también dentro de las historias.

Seraphin meditó un momento.

—Pros —dijo finalmente.

—Pros —repitió Aurelia.

—El público escuchará con más imaginación y atención.

—La música se convertirá en paisaje.

—Los teatros tendrán una nueva forma de acercar estas obras a su público.

Aelius añadió:

—Y las partituras seguirán viviendo.

Seraphin levantó un dedo. —Contras.

Aurelia lo miró. —Siempre hay contras.

—Primero —dijo Seraphin— no todos los teatros entenderán la idea.

—Segundo —añadió Aelius— algunos músicos podrían pensar que la música debe hablar sola.

—Y tercero —concluyó Aurelia— la imaginación del público es un territorio delicado.

La voz del escritor respondió con calma:

—Lo sé.

—Entonces —dijo Seraphin— ¿por qué hacerlo?

Hubo un instante de silencio.

La orquesta alcanzaba ahora el momento más intenso de la obra.

Y la voz respondió:

—Porque cuando una historia y una música se encuentran en el momento justo... algo cambia en quien escucha.

Durante un instante ninguno de los tres respondió. La orquesta seguía avanzando por la cima de aquella montaña imaginaria y los metales comenzaban a dibujar en el aire la violencia de la noche.

La voz continuó: —Cuando eso ocurre, el público no solo escucha.

Hace una breve pausa. —Sueña. —Viaja. —Y comienza a visualizar lo que antes solo oía.

Seraphin frunció ligeramente el ceño. —Muchos ya viajan con la música.

—Sí —respondió la voz—, pero no todos saben que pueden hacerlo.

Aelius comprendió de inmediato. —Quieres abrir una puerta antes de que suene la primera nota.

—Exactamente.

—Un umbral.

—Sí.

La voz prosiguió:

—Cuando una historia prepara la imaginación, la música entra de otra manera. El oyente no llega como un espectador pasivo, sino como alguien que ya ha comenzado el viaje.

Aurelia observó la sala.

—Entonces la obra no empieza en el primer acorde.

—Empieza antes.

—Empieza en la imaginación.

Seraphin meditó unos segundos. —Eso podría cambiar muchas cosas.

—Los teatros —añadió Aelius— siempre han buscado nuevas formas de acercar la música al público.

—Exactamente —respondió la voz—.

Un relato previo no reemplazara la música.

La iluminara.

Hace que quien escucha encuentre imágenes, paisajes, sentimientos y emociones que le permitan atravesarla.

Aurelia asintió lentamente. —Es como encender una lámpara en un cuarto que ya existía.

—La música sigue siendo la misma —dijo la voz—.

Pero ahora algunos pueden verla mas claramente.

Seraphin miró hacia el escenario, donde los trombones lanzaban una llamada feroz desde la montaña de Músorgski.

—Entonces el público no solo escuchara.

Aurelia completó la idea:

—Soñara.

—Viajara.

Aelius sonrió levemente.

—Y recordara.

La voz añadió con calma:

—Y cuando eso ocurre... la música deja de ser solo un concierto.

Se convierte en una experiencia.

Aelius miró a sus compañeros. —Eso es cierto.

Aurelia observó la sala llena de espectadores que parecían vivir la montaña imaginaria de Músorgski.

—Ya está ocurriendo —dijo Aurelia en voz baja.

Observó la sala con atención. Muchos espectadores permanecían inclinados hacia el escenario, como si no solo estuvieran escuchando la música, sino siguiendo una historia que ya conocían.

Días antes habían leído el relato que el teatro publicó en su página: una pequeña historia sobre una montaña, una noche y una reunión imposible bajo la luna.

Ahora esas imágenes parecían despertar nuevamente en sus mentes, convocadas por cada acorde de la orquesta.

—No están escuchando solamente —añadió Aurelia—.

Están recordando lo que imaginaron.

Seraphin siguió la mirada de Aurelia hacia la sala y suspiró suavemente.

—Entonces supongo que hemos sido convocados por una razón.

Aelius sonrió con esa calma antigua que parecía pertenecer a otro siglo.

—¿Aceptamos?

Aurelia miró hacia el escenario, donde la música seguía ardiendo como una noche antigua que regresaba al mundo.

—Las buenas historias merecen guardianes.

Seraphin extendió la mano hacia el aire invisible.

—Entonces bienvenido a nuestro universo, Guillermo Isaza Fisco.

Seraphin mantuvo la mano extendida unos segundos, como si aquel saludo invisible sellara un acuerdo antiguo.

—Y gracias por la invitación —añadió con una leve inclinación de cabeza—. No todos los días un escritor decide abrir una puerta para que tres viejos guardianes vuelvan a caminar entre las historias de la música.

Aelius observó el escenario, donde la orquesta seguía levantando la noche de Músorgski sobre la sala.

—Es una propuesta interesante —dijo con serenidad—. Un puente entre la música y la imaginación. No muchos se atreven a intentarlo.

Aurelia sonrió con esa expresión tranquila que parecía conocer ya el futuro de muchas historias.

—Si alguien iba a intentarlo —murmuró— tenía que ser un músico que también supiera escuchar las imágenes que viven dentro del sonido.

Seraphin cerró lentamente el frasco de vidrio que llevaba en el bolsillo. —Entonces aceptamos.

Hizo una breve pausa. —Y veremos hasta dónde puede llegar este viaje.

Aelius asintió.

—Las partituras llevan siglos esperando que alguien abra esas puertas.

Aurelia miró una vez más hacia la sala, donde la música seguía ardiendo en la imaginación del público.

—Ahora ya no estarán solas.

Porque algunas historias no nacen para ser leídas en silencio.

Nacen para caminar junto a la música.

Y así, en algún lugar entre la música y la imaginación, los tres guardianes aceptaron custodiar el nacimiento de **Umbrales Sonoros**.

Porque cada gran obra es un umbral.

Y alguien debe contar las historias que esperan al otro lado.

Fin Segunda Parte

Este relato forma parte del proyecto **Umbrales Sonoros**.

Explora otras obras y paquetes narrativos en:

www.umbrales-sonoros.com